

A TU VUELTA

“Sentirás las promesas que te hice de cuidarte siempre y te preguntarás ¿por qué después de tanto tiempo?”.

—Carta de Lourdes Huerta a su hijo Kristian Karim Flores Huerta, desaparecido el 12 de agosto de 2010 cuando salió a trabajar repartiendo chocolates de Villa Juárez, Nuevo León, rumbo a Piedras Negras, Coahuila. En casa lo esperaban su mamá y su pareja, embarazada de su primer hijo.

Lourdes:

Desde la última llamada telefónica que tuvimos he pensado en el día que Kristian, el más joven de tus hijos, volverá a casa. Te imagino de madrugada cuando todos dormimos, sentada frente a la computadora, con la puerta de casa abierta tras de ti para que él pueda entrar y sepa que lo has esperado. ¿Cómo se verá tu muchacho, que tenía 24 años cuando se lo llevaron? ¿Y cómo él te verá de nuevo?

Quisiera por un momento, Lourdes, imaginar tu vida antes del 12 de octubre de 2010, cuando Kristian salió de casa a repartir chocolates —necesitaba ahorrar para el nacimiento de su primer hijo— y se despidió de ti con una promesa: “será el último viaje, mamá”. Compartir en una mesa la charla, escuchar tu carcajada estruendosa, salir a bailar después de tu trabajo. Estabas contenta en la empresa de medicamentos a la que llegaste como distribuidora y en menos de dos años te convertiste en gerente. Imaginarte con esos tacones y trajes sastres con los que llegabas a las

primeras diligencias de la búsqueda de tu hijo, para cambiarlos después por los jeans, playeras, tenis o botas que usas ahora. Es tan inasible la vida... justo aprendías a ser tú después de la muerte del padre de tus tres hijos, con una distancia amorosa de ellos, quienes trazaban ya su propio camino. Justo construías tu carrera profesional que se acabó de un día a otro. Me equivoco: no se acabó, ahora te reinventas en tu nueva actividad de sustento económico-material, a bordo de una camioneta en la que llevas y traes a niños de la escuela.

Me gustaría ver tu sonrisa, no importa que para ti ahora sea solo una mueca. Me gustaría escucharte hablar una y otra vez de Kristian, no importa que sea tu único tema de conversación. Me gustaría escucharte hablar de tu nieto Kristian Farid, a quien le reiterarás que su padre lo esperaba y lo amaba con todo el corazón, que no lo abandonó, que unas personas se lo llevaron, y con él se cayó la vida entera de ustedes. Me sumaría a maldecir a Dios, no importa que digan que esto no es trabajo de él. Ni siquiera a Dios se le puede tener miedo cuando lo que hay es una ausencia habitándolo todo.

Me gustaría para entonces dejarte, Lourdes, en esa soledad que aprendiste a hacer tuya y a convertirla en el espacio que te lo devuelve. Donde miras sus fotos sobre tu buró junto a sus carritos de cuando niño. Ahí donde no debes explicar nada, ni a tus compañeros, amigos o parientes, ni siquiera a tus hijos, que pese a todo el amor que te dan, no entienden que la vida no sigue, no para ti. La vida se suspendió ese día cuando una punzada alteró el latir de tu corazón y te anunció que algo malo le había sucedido.

Es así como nos ha funcionado: primero escuchamos y luego orientamos a la gente, en el lenguaje que ellos hablan.

El día que se cumplieron dos años de la desaparición de Kristian le organicé una misa. Le dije a Dios 'te lo entrego en tus manos para que lo cuides'. Así pude asimilar que mi Kristian ya no estaba. No está. Es muy difícil aceptarlo. Fue una manera de decir que lo estoy reteniendo conmigo y él no puede estar tranquilo porque sabe que estoy sufriendo. Entonces... liberarlo de lo que yo sentía como mamá.

En esa soledad donde puedas soltar también el dolor de otros que junto a ti buscan, quitarlo de tu espalda y entonces poder decir que no puedes más dar consuelo. Que no quieres ser fuerte ni solidaria. Que no vas a ser buena abuela, ni madre, ni amiga. Que solo quieres prepararte tu cena y estar sola y esperar la madrugada con la puerta abierta y el recuerdo como una botella echada al mar.

Y verte volver de esa soledad, más tuya y decidida. Porque tú, Lourdes, haces que las cosas ocurran. Como aquel día que bordaste el primer pañuelo para Kristian con todos los colores del mundo sin importar las reglas de las bordadoras: el color verde es para los desaparecidos. O aquel otro en que decidiste dejar la organización de derechos humanos que calculaba, controlaba, decidía tu dolor por Kristian, y convocar a varias compañeras a dejarla contigo; o la tarde que llegaste al quiosco con Letty Hidalgo, tu compañera de dolor y de lucha, a pesar de tu enfermedad. Quisiera ver aquellas tardes que juntas pensaron y construyeron el andamiaje de Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos de Nuevo León porque esta búsqueda ya no es solo por Kristian, sino por todos los que nos faltan. Tras los pasos de tu hijo, Lourdes, nos has ayudado a encontrar un país extraviado y has trazado un camino que nos acerca a un lugar más humano y compasivo. Porque la tuya ha sido, también, una búsqueda de nuestra memoria y justicia.

¿Cómo te encontrará Kristian? Te pregunté en esa llamada telefónica. Kristian encontrará a su madre triste, acabada. Esa mujer que había en mí se murió —me dijiste—. Pero tú, Lourdes, no creo que te dejes morir.

Hay cosas que no vuelven, Lourdes. Y cuando Kristian regrese no volverá a ver a la mujer que fuiste. Encontrará, como lo dijo Letty Hidalgo, a una mujer más fuerte y con el amor más grande del mundo para él.

—Daniela Rea

P. D. Quiero darles las gracias a Letty Hidalgo y a Cordelia Rizzo por compartirme unas palabras sobre ti, Lulú, que me ayudaron a escribir esta carta.

Lourdes Huerta >



Foto Futuro Moncada

